

el dinero. ¿Me dijisteis que poseeis ciento nueve francos?

—Y quince sueldos.

—¿Cuánto tiempo os costaron de ganar?

—Diez y nueve años.

—Diez y nueve años! El obispo suspiró profundamente.

El forastero continuó:

—Los conservo íntegros. En cuatro dias solo he gastado veinticinco sueldos, que gané ayudando á descargar carros en Grasse. Y ya que sois sacerdote, voy á deciros que en presidio teníamos un capellan, y un dia ví á un obispo, á un monseñor, como allí le llaman. Era el obispo de Marsella. Es el cura que está sobre todos los curas; pero perdonadme, vos sabéis eso mejor que yo. El obispo dijo misa en medio del presidio, en un altar, y llevaba en la cabeza una cosa de oro que terminaba en punta, y como era el medio dia brillaba. Estábamos colocados en fila, formando tres lados, y pusieron cañones con mechas encendidas enfrente de nosotros. No veíamos bien al obispo; habló, pero como estaba demasiado lejos, no le pudimos oír. Ved lo que es un obispo.

Mientras hablaba, monseñor se levantó y fué á cerrar la puerta que el recién entrado dejó enteramente abierta.

Entró la señora Magloire y puso otro cubierto en la mesa.

—Señora Magloire, la dijo el obispo, poned ese cubierto lo más cerca posible del fuego. Volviéndose hácia el huésped, le preguntó:—El viento de la noche es muy crudo en los Alpes: teneis frío?

—Me encuentro perfectamente, contestó el forastero.

—Qué mal alumbrá ese quinqué! exclamó monseñor.

La señora Magloire comprendió lo que quería decir su ilustrísima; salió y volvió á entrar, trayendo los dos candeleros de plata, que puso encendidos en la mesa.

—Señor cura, sois tan bueno que no me despreciais. No solo me recibís en vuestra casa, sino que encendeis bujías por mí, á pesar de que no os he ocultado de dónde vengo, ni que soy un miserable.

El obispo, que estaba sentado al lado del expresidiario, le dijo:

—Podíais haber excusado de decirme quién sois. Esta no es mi casa, es la casa de Jesucristo. Al que entra por esa puerta no se le pregunta su nombre; solo se le pregunta si es desgraciado. Padeceis,

sufrís hambre y sed; pues bien venido seais. Ni me lo agradezcáis ni digáis que os recibo en mi casa. Aquí está en su casa el que necesita albergue. ¿Para qué me hace falta saber vuestro nombre? Antes de decírmelo teníais uno que yo ya sabía.

El viajero abrió los ojos atónitos.

—De veras? Sabíais cómo me llamo?

—Sí, os llamais mi hermano.

—Señor cura, mucha hambre tenía cuando entré aquí, pero sois tan bueno que ahora ya no sé qué es lo que tengo. Se me ha pasado el hambre.

—Habeis sufrido mucho? le preguntó el obispo.

—Mucho, señor; se padece con la chaqueta roja, con la bala al pié, con una tarima para dormir, con el calor, el frío y el trabajo; con la chusma, con los latigazos, con arrastrar dobles grillos por cualquier cosa, con el calabozo, con la cadena, hasta estando enfermos. Los perros son más felices que los presidiarios. ¡Diez y nueve años de tormento, para tener ahora cuarenta y seis y llevar un pasaporte amarillo!

—Sí, replicó el obispo, salís de un lugar de tristeza; pero sabed que al cielo causan más alegrías las lágrimas de un pecador arrepentido que la vestidura de cien justos. Si salís de ese doloroso sitio con pensamientos de odio y de cólera contra los hombres, sereis digno de compasion; si salís de él con pensamientos de benevolencia, de mansedumbre y de paz, valdreis más que ninguno de nosotros.

Entre tanto, la señora Magloire habia servido la cena, que consistia en una sopa hecha con agua, aceite, pan y sal; un poco de tocino, un pedazo de carnero, higos, queso fresco y un gran pan de centeno. De extraordinario puso en la mesa el ama de gobierno una botella de vino añejo de Mauves.

La fisonomía del obispo adquirió de repente la expresion de alegría peculiar á las naturalezas hospitalarias.—A cenar, dijo con viveza, como tenia por costumbre cuando cenaba con él algun forastero. Hizo sentar á su derecha al expresidiario. La señorita Baptistina se sentó á su izquierda apaciblemente.

El obispo dijo el *Benedicite* y despues sirvió la sopa. El forastero se puso á comer con avidez.

—Me parece que falta algo en la mesa, exclamó de pronto monseñor.

La señora Magloire puso los tres cubiertos absolutamente necesarios; pero

era la costumbre, cuando el obispo tenia algun convidado, extender sobre el mantel los seis cubiertos de plata como inocente ostentacion. Esta apariencia de lujo era una puerilidad notable en aquella casa sóbria y severa, que elevaba la pobreza hasta la dignidad.

La señora Magloire comprendió la observacion; salió sin hablar, y un momento despues los cubiertos que reclamaba el obispo lucian en el mantel, colocados simétricamente ante cada uno de los tres comensales.

IV.

Pormenores acerca de las queserías de Pontarlier.

Para dar una idea exacta de lo que pasó durante la cena en casa del obispo, transcribiremos un trozo de una carta de la señorita Baptistina á la señora Boischevron, en el que refiere con minuciosa sencillez la conversacion que medió entre monseñor y el forzado.

“El viajero no prestaba atencion á nadie. Comia con la voracidad del hambriento. Despues que la hubo saciado, dijo:

—Señor cura, esta cena es muy buena para mí, pero debo deciros que los trajineros que no me permitieron comer con ellos en la posada comen mejor que vos.

“Esta observacion me chocó.

“Mi hermano le contestó:

—Tambien se fatigan más que yo.

—No es por eso, es porque tienen más dinero. Veo que sois pobre y que ni aun sois cura. Pero si Dios fuese justo debíais serlo.

—Dios es superiormente justo, contestó mi hermano. Un instante despues repuso:

—Señor Valjean, vais á Pontarlier?

—Con itinerario forzoso. Es preciso que me ponga en camino mañana al rayar el dia. Es incómodo viajar en este tiempo, en que las noches son frias y los dias calurosos.

—Pero vais á buen pais, replicó mi hermano. Durante la revolucion quedó arruinada mi familia, y yo me refugié en el Franco-Condado al principio, y allí viví algun tiempo con el trabajo de mis manos. Tenia buena voluntad y encontré en qué ocuparme. Allí se puede escoger la ocupacion que se desee. Allí hay almacenes de papel, de curtidos, de esencias, de

aceite; fábricas de relojes, de acero, de cobre y de hierro, entre las que son las más notables las de Lods, Chatillon, etc.

“Creo que no me equivoco y esos nombres citó mi hermano. Despues se volvió hácia mí y me preguntó:

—No teníamos parientes en ese pais?

—Sí; tenemos, entre otros, á Lucenet, que era capitán de las puertas de Pontarlier durante el antiguo régimen, le contesté yo.

—Pero desde el año 92 ya no nos quedó allí ninguno, ni teníamos más recurso que vivir de mi trabajo. Existe en Pontarlier, señor Valjean, una industria patriarcal y admirable. Las queserías, que allí se llaman *fruterías*...

“Entonces mi hermano explicó al forastero detenidamente lo que son las fruterías de dicho pais—que son de dos clases: las grandes granjas, que pertenecen á los ricos y poseen cuarenta ó cincuenta vacas, que producen de siete á ocho mil quesos cada verano, y las queserías de asociacion, que son de los pobres, es decir, de los campesinos de la montaña, que reúnen sus vacas y se reparten lo que éstas producen.—Toman á jornal un quesero, al que llaman el *grurin*, el que recibe la leche de los asociados tres veces al dia, y anota las cantidades en una tabla duplicada. A últimos de Abril empieza el trabajo de las queserías, y hácia mediados de Junio los queseros llevan sus vacas á la montaña.

“El viajero se reanimaba comiendo. Mi hermano le servia el excelente vino de Mauves, vino que él no bebe, porque dice que es muy caro. Le referia todos estos pormenores alegremente. Insistió mucho en lo que ganaba el *grurin*, como si deseara que su huésped se ocupara en este oficio, sin aconsejárselo directamente. Me chocó que, siendo este hombre un presidiario, como os he dicho, mi hermano, durante la cena ni despues, no le dijese ni una sola palabra que le pudiese recordar su desagradable situacion. Esta fué sin duda ocasion á propósito para sermonearle y dar á este desgraciado al mismo tiempo aliento á su cuerpo y á su alma, para dirigirle alguna recomendacion razonada de moral y de consejo, ó para manifestarle commiseracion exhortándole á obrar mejor en el porvenir. Mi hermano no le preguntó de dónde era ni qué vida habia llevado. En su historia está indudablemente su falta, y mi hermano parecia que evitaba todo lo que pudiese recordársela, hasta el punto de que cuando habló de los montañeses de

Pontarlier, diciendo que tienen suave trabajo cerca del cielo y que son felices porque son inocentes, se detuvo de repente, temeroso de que las referidas palabras pudieran sonrojar á su huésped.

„A fuerza de reflexionar creo haber comprendido lo que pensaba mi hermano respecto á aquel. Pensaba sin duda que Juan Valjean demasiado presente tenia su miseria, y que lo mejor era distraerle de ese pensamiento y hacerle creer, aunque fuese por pocos momentos, que era un hombre como otro cualquiera, y tratarle como á cualquier otro convidado. ¿No es esto comprender bien la caridad? ¿No es proceder casi evangélico tener la delicadeza de prescindir del sermón, de la moral y de las alusiones? ¿No es ser compasivo no tocar la parte dolorida del paciente? Creo que esta debia ser la idea de mi hermano. Lo que puedo decir es que si pensaba de ese modo no lo indicó ni á mí siquiera; estuvo lo mismo que todas las noches y cenó con Juan Valjean con la misma naturalidad y con la misma fisonomía que hubiera cenado con el Sr. Gedeon, el preboste, ó con el señor cura párroco.

„Al terminar la cena llamaron á la puerta. Era la señora Gerband con su hijo en brazos. Mi hermano besó al niño y me pidió quince sueldos para dárselos á la madre de éste. Juan Valjean no prestó atención á esto. No hablaba y parecia estar muy cansado. En cuanto se fué la señora Gerband, mi hermano recitó la acción de gracias, y volviéndose despues hacía el huésped, le dijo:

„—Teneis necesidad de descansar.

„La señora Magloire quitó en seguida la mesa. Comprendí que debíamos retirarnos, dejando que se acostase el viajero, y nos subimos las dos á nuestras habitaciones. Sin embargo, un instante despues hice bajar á la señora Magloire para que pusiese en la cama del huésped una piel de corzo de la Selva Negra, que tengo en mi cuarto. Las noches son muy frias y esa piel calienta mucho. Es lástima que esté ya muy usada y que se le caiga todo el pelo. Cuando mi hermano estuvo en Alemania la compró en Tottlingen, cerca de las fuentes del Danubio, lo mismo que el cuchillito con mango de marfil que uso yo en la mesa.

„La señora Magloire volvió á subir casi al instante, nos quedamos á rezar en la sala en que se tiende la ropa y despues nos fuimos cada una á su cuarto sin decirnos una palabra.

V.

Tranquilidad.

Monseñor Bienvenido, despues de dar las buenas noches á su hermana, tomó de la mesa uno de los candeleros de plata, dió el otro á su huésped y le dijo: —Voy á enseñaros vuestro cuarto.

El forastero le siguió.

Como se ha podido notar por lo que ya llevamos dicho, la habitacion estaba distribuida de tal modo, que para salir ó entrar al oratorio, en el que estaba la alcoba, era preciso pasar por el dormitorio del obispo.

En el momento en que atravesaban este cuarto, la señora Magloire estaba cerrando la plata en la alacena situada á la cabecera de la cama. Este era el último cuidado que se tomaba por las noches antes de ir á acostarse.

El obispo instaló en la alcoba á su huésped. En ella le esperaba una cama blanca y limpia. El viajero puso la luz sobre una mesilla.

—Deseo, le dijo el obispo, que paseis buena noche. Mañana temprano, antes de emprender el camino, tomareis una taza de leche de las vacas de casa; una taza muy caliente.

—Mil gracias, señor cura.

Apenas pronunció estas palabras tranquilas, de repente, sin transición, hizo un movimiento extraño, que hubiera helado de espanto á las dos santas mujeres si lo hubiesen presenciado. Hoy mismo nos seria difícil explicar la causa que le impulsaba en aquel momento. ¿Quería hacer una advertencia ó dirigir una amenaza? ¿Obedecía á un impulso instintivo y desconocido para él mismo? Lo cierto es que se volvió bruscamente hacía el anciano, cruzó los brazos, fijó en él una mirada salvaje y exclamó con voz ronca:

—¡Decididamente me alojais en vuestra casa y tan cerca de vos!...

Calló un instante y luego añadió, manifestando una sonrisa que tenia algo de monstruoso:

—Lo habeis reflexionado bien? ¿Quién os ha dicho que yo no sea un asesino?

—Eso es cuenta de Dios, le respondió tranquilamente el obispo.

Despues, con gravedad y moviendo los labios como el que reza en voz baja, bendijo con la mano derecha á su huésped, que ni siquiera inclinó la cabeza, y sin volver la vista atrás se entró en su dormitorio.

Cuando la alcoba estaba ocupada, cubria el altar del oratorio una cortina larga de sarga. El obispo se arrodilló al pasar por delante de ella é hizo una corta oracion.

Un instante despues paseaba por el jardín, meditabundo y contemplando con el alma y con el pensamiento los grandes misterios que Dios descubre por la noche á los que permanecen con los ojos abiertos.

Juan Valjean estaba tan rendido, que ni siquiera se fijó en que las sábanas eran buenas y limpias. Sopló la bujía con la nariz, como tienen por costumbre los presidiarios, y se dejó caer vestido en la cama, quedándose en seguida profundamente dormido.

Daban las doce de la noche cuando el obispo volvia del jardín á su aposento.

Minutos despues todos dormian en aquella casa.

VI.

Juan Valjean.

Juan Valjean se despertó poco despues de media noche. Era hijo de una familia pobre de la Brie. No aprendió á leer en su infancia, y cuando fué hombre tomó el oficio de podador en Faverolles.

Valjean era de carácter pensativo, sin ser triste, lo que es propio de las naturalezas afectuosas. Su naturaleza estaba algo adormecida, al menos en la apariencia. Perdió, siendo de muy corta edad, á su padre y á su madre; ésta murió de una pulmonía descuidada; su padre, que era podador, como él, habia muerto de una caída de un árbol. Juan Valjean se encontró sin otra familia que una hermana, mayor que él, viuda y con siete hijos entre varones y hembras.

Esta hermana le crió y le tuvo en su casa mientras vivió su marido. Su marido murió cuando el mayor de sus hijos tenia ocho años y el más pequeño uno. Juan Valjean acababa de cumplir veinticinco años. Reemplazó al difunto marido de su hermana, manteniendo á ésta y á su familia. Lo hizo como un sencillo deber, pero con cierta rudeza.

Juan Valjean gastaba de ese modo su juventud en un trabajo duro y mal pagado. No se le conocian galanteos en el país; no le quedaba tiempo para sostener amoríos.

Por la noche entraba cansado en casa, se comia la sopa y no hablaba; mientras

estaba comiendo, la tia Juana tomaba de la fuente lo mejor de la comida, el pedazo de carne, la lonja de tocino, el cogollo de la col, para dárselo á alguno de sus hijos. El seguia comiendo doblado sobre la mesa, casi con la cabeza dentro del plato, como si no lo observase, y dejaba hacer á su hermana. Habitaba en Faverolles, cerca de la casa de Juan Valjean, al otro lado de la callejuela, una lechera llamada María Claudia; los hijos de Juana, hambrientos casi siempre, iban á veces á pedirle fiado en nombre de su madre una pinta de leche, y se la bebían en cualquier rincón de la calle, quitándose el vaso unos á otros, y con tal precipitación, que las niñas pequeñas se lo derramaban por el cuello y por el delantal. Si su madre hubiera sabido este hurto, hubiera castigado á los delincuentes. Juan Valjean, brusco y regañón, pagaba, sin dárselo á entender á su hermana, la pinta de leche á María Claudia, y de este modo no eran castigados los niños.

Juan Valjean ganaba en la estación de poda diez y ocho sueldos diarios; despues que ésta pasaba se dedicaba á segar, á peon de albañil, á criado de pastor boyero, á cargador, á lo que podia. Su hermana tambien trabajaba por su parte; pero ¿cómo poder mantener siete criaturas? Aquella familia formaba un triste grupo, que poco á poco iba cercando y apretando la miseria. Llegó un invierno cruel y Juan no encontró trabajo. No pudo tener pan para la familia, compuesta de siete criaturas.

Un domingo por la noche, Maubert Isabeau, panadero de la plaza de la Iglesia de Faverolles, se disponia á acostarse, cuando oyó que daban un golpe violento en el escaparate enrejado y con cristales de su tienda. Llegó á tiempo de ver pasar un brazo al través del agujero que un puñetazo acababa de abrir en la rejilla y en el cristal.

El brazo cogió un pan y se lo llevó.

Isabeau salió corriendo: el ladrón escapó, pero el panadero corrió tras él y logró detenerle.

El ladrón habia arrojado el pan al suelo, pero conservaba aun el brazo ensangrentado. Era Juan Valjean.

Esto sucedió en 1795. Valjean fué acusado ante los tribunales de aquella época de autor "de robo con fractura, de noche y en casa habitada."

Tenia en casa un fusil, del que se servia mejor que un cazador de profesion, porque solia cazar furtivamente, y esto

le perjudicó. Esta clase de cazadores inspiran repulsion legítima. El cazador furtivo y el contrabandista andan muy cerca del salteador. Sin embargo, digámoslo de paso, media un abismo entre éstos y el miserable asesino de las ciudades. El cazador furtivo vive en el bosque; el contrabandista en las montañas ó en el mar. Las ciudades crían hombres feroces, porque crían hombres corrompidos. La montaña y el mar crían hombres salvajes, en los que desarrollan la parte feroz, pero casi siempre sin destruir el instinto humano.

Declararon culpado á Juan Valjean. Las palabras del Código eran terminantes. Hay en nuestra civilizaci6n momentos terribles, y son precisamente aquellos en que la ley pronuncia una condena; ¡instante fúnebre es aquel en el que la sociedad consume el irreparable abandono de un sér pensador! Juan Valjean fué condenado á cinco años de presidio.

El día 22 de Abril de 1796 se celebró en Paris la victoria de Montenotte, que ganó el general en jefe del ejército de Italia, al que el mensaje del Directorio á los Quinientos, el 2 Floreal del año IV de la República, llamaba Bonaparte. Dicho día se dispuso una gran cadena de presidiarios en la prisi6n de Bicetre, y Juan Valjean formó parte de esta cadena. Un antiguo alcaide, que hoy cuenta noventa años de edad, recuerda aun á aquel infeliz, cuya cadena se remachó en la extremidad del cuarto cord6n, en el ángulo del Norte del patio. Estaba sentado en el suelo, como los demás. Parecía comprender solo que su posici6n era horrible, aunque es probable que al través de las vagas ideas del hombre ignorante descubriese que su pena era excesiva. Lloraba, mientras á fuerza de martillazos remachaban detrás de él la bala de la cadena; las lágrimas le sofocaban la voz, impidiéndole hablar, sin acertar más que á decir de vez en cuando:—“Yo era podador de Faverolles.” Despues sollozaba y levantaba y bajaba gradualmente la mano derecha hasta siete veces, como si tocase sucesivamente siete cabezas á desigual altura, como indicando que cometió aquella falta para dar de comer á siete criaturas.

Partió para Tolon, donde llegó despues de un viaje de veintisiete días, en una carreta y con la cadena al cuello. En Tolon le pusieron la chaqueta roja, borrándose allí su vida anterior y hasta su nombre; porque ya no era Juan Valjean, sino el número 24.601. ¿Qué sería

de su hermana? qué de sus siete hijos?

La historia siempre es la misma. Aquellos pobres séres, aquellas criaturas, sin apoyo, sin guía, sin asilo, quedaron á merced de la casualidad; ¡quién sabe! Cada uno, por su parte, se sumergiría poco á poco en la fría bruma en que se sepultan los solitarios; sombrías tinieblas, en las que desaparecen sucesivamente tantos infortunados en la sombría marcha del género humano. Abandonaron aquel país. El campanario de lo que fué su pueblo los olvidó, el límite de lo que fué su campo los olvidó, y despues de algunos años de presidio, Juan Valjean los olvidó tambien. En su corazón, que recibió la herida, quedó la cicatriz y nada más. Apenas, en todo el tiempo que pasó en Tolon, oyó hablar una sola vez de su hermana. Creemos que fué hácia el fin del cuarto año de su prisi6n cuando recibió noticias, no sabemos por qué conducto. Alguno de los que les conocian habia visto á su hermana, que estaba en Paris y vivia en un miserable callej6n, cerca de San Sulpicio, en la calle de Geindre. Solo tenia en su compañía un niño, el menor de todos. Dónde estaban los demás? Acaso su madre tampoco lo sabia. Todas las mañanas iba á una imprenta de la calle de Sabat, núm. 3, en donde trabajaba de plegadora y de encuadernadora; debia estar allí á las seis de la mañana, mucho antes de hacerse de día en invierno. En el mismo edificio de la imprenta habia una escuela, y á esta escuela llevaba á su hijo, que era un niño de siete años; pero como ella iba á trabajar á las seis de la mañana y la escuela no se abria hasta las siete, el niño tenia que esperar una hora en el patio á que ésta se abriese, y en la imprenta no querian que entrase el chico porque les incomodaba. Los trabajadores veian al pasar por la mañana al pobrecillo sentado en tierra, cayéndose de sueño, y muchas veces dormido y acurrucado. Los días de lluvia una portera vieja tenia compasi6n del infeliz y le recogia en su covacha, que solo contenia una mala cama, una rueca y dos taburetes, y el niño se dormia en un rinc6n, arrojándose al gato para sentir menos el frío. Cuando daban las siete se entraba en la escuela. Esto fué todo lo que le dijeron á Juan Valjean. Le ocupó un día esta noticia, es decir, un momento; fué como un rayo; como una ventana bruscamente abierta sobre el destino de los séres á quienes profesara cariño; despues se cerró la

ventana y todo concluyó. No supo nada más, no los volvió á ver, no los encontró ni los encontrará en la terminaci6n de su dolorosa historia.

Hácia el fin del cuarto año de estar encarcelado, llegó á Juan Valjean el turno de evadirse. Con el auxilio de sus compañeros, como es costumbre en semejantes sitios, se evadió. Erró libremente dos días por los campos, si es estar libre verse perseguidos, volver la cabeza á cada instante, estremecerse al menor ruido, tener miedo de todo; del techo que humea, del hombre que pasa, del perro que ladra, del caballo que galopa, de la hora que suena, del día porque está claro, de la noche porque está oscura, del camino, del sendero, de los árboles, del sueño.

Le cogieron la noche del segundo día de su evasi6n. No habia comido ni dormido durante treinta y seis horas. El tribunal marítimo le condenó por este delito á un recargo de tres años, con el que ya tuvo que sufrir ocho de pena. Al sexto le volvió á tocar el turno de evasi6n, pero no pudo consumarla, aunque faltó á la lista. Dispararon el cañonazo y la ronda le encontró por la noche oculto en la quilla de un buque en construcci6n; hizo resistencia á los agentes que le cogieron, y fué acusado de evasi6n y de rebeli6n. Este hecho, que prevé el Código, le castigaron con un recargo de cinco años, dos de ellos de doble cadena. Trece años de condena. Al décimo le tocó por tercera vez el turno de evadirse; lo aprovechó, pero no salió mejor librado que las veces anteriores. Le cargaron tres años más por esta nueva tentativa; total diez y seis años. Por fin, el año décimo-tercio volvió á escaparse, y á las cuatro horas le cogieron, añadiéndole tres años más por estas cuatro horas; total diez y nueve años. Le pusieron en libertad en Octubre de 1815 y habia entrado en el presidio en 1796 por romper un vidrio y por robar un pan.

Permítasenos un pequeño paréntesis para decir que esta es la segunda vez que el autor de esta obra, en sus estudios sobre la cuesti6n penal y sobre la condena de la ley, toma el robo de un pan como punto de partida del desastre de un destino. Claudio Gueux robó un pan lo mismo que Juan Valjean. La estadística inglesa demuestra que en L6ndres, de cada cinco robos, cuatro tienen por causa inmediata el hambre.

Juan Valjean entró en presidio sollo-

zando y estremeciéndose. Entró desesperado y salió sombrío.

¿Qué revoluci6n se operó en su espíritu?

VII.

El interior de la desesperaci6n.

Tratemos de explicar que es preciso que la sociedad examine ciertos hechos, ya que ella los causa.

Dijimos que Juan Valjean era ignorante, pero que no era imbécil; la luz natural le daba ténue resplandor, y la desgracia, que tambien proyecta su luz, aumentó la escasa claridad de aquel espíritu. El preso, bajo la presi6n del látigo, de la cadena, del calabozo, del trabajo, sufriendo los ardores del sol y en su lecho de tablas, replegóse en su conciencia y reflexionó.

Se constituyó en tribunal y empezó por juzgarse á sí mismo.

Reconoció que no era un inocente injustamente castigado. Confesó que habia cometido una acci6n punible, que quizás le hubieran dado el pan si lo hubiese pedido, pero que de todos modos debia haber esperado conseguirlo del trabajo ó de la compasi6n; que no es una raz6n sin réplica decir que el hambre no tiene espera; que es muy raro el caso de que el hombre se muera literalmente de hambre, pues el hombre está constituido de modo que puede resistir física y moralmente muchísimo sin morir; que debia haber tenido paci6n, que esto hubiera sido mejor hasta para los pobres pequeñuelos; que fué un acto de locura en él agarrar violentamente por el cuello á la sociedad y creerse que se sale de la miseria por medio del robo, pues mala puerta es para salir de la miseria la que dá entrada á la infamia; y en fin, confesaba que habia obrado mal.

Despues se preguntó si era el único que no tenia raz6n en su fatal historia; si desde luego no era muy grave que él, siendo trabajador, careciese de trabajo; si él, que era laborioso, no pudiese tener pan; si en segundo lugar, cometida y confesada la falta, su castigo no habia sido extremado y feroz; si no habia más abuso en la pena por parte de la ley que en la culpa por parte del culpado; si no habia exceso de peso en uno de los platillos de la balanza, en el de la expiaci6n; si con el recargo de la pena no se borraba del todo el delito, resultando un cámbio de situaci6n, reemplazando la

falta del delincuente con el exceso de la represión, transformando al culpado en víctima, al deudor en acreedor, poniendo definitivamente el derecho de parte del que lo había violado; si esta pena, que complicaban los recargos sucesivos por las tentativas de evasión, no concluía por ser una especie de atentado del fuerte contra el débil, un crimen de la sociedad contra el individuo, un crimen que se renovaba todos los días y que duraba diez y nueve años.

Se preguntó si la sociedad humana podía tener el derecho de hacer sufrir igualmente á sus miembros, en un caso su imprevisión irracional y en otro caso su previsión implacable, y de apoderarse para siempre de un pobre hombre por una falta y por medio del exceso, por la falta de su trabajo y por el exceso de castigo que se le imponga.

Se preguntó si no era injusto que la sociedad tratase de esa manera precisamente á los miembros peor dotados en la repartición de los bienes que hace la casualidad, y que por lo tanto son los miembros más dignos de consideración.

Expuestas y resueltas estas cuestiones, juzgó á la sociedad y la condenó; la condenó á su odio.

La hizo responsable de su deplorable suerte y pensó en que llegaría el día en que él la pidiera cuentas. Comprendió con claridad que no había equilibrio entre el mal que causó y el que había recibido, deduciendo de esto que su castigo no era una injusticia, pero era una iniquidad.

La cólera puede ser loca y absurda, el hombre puede irritarse injustamente, pero solo se indigna cuando se siente lleno de razón. Juan Valjean estaba indignado.

La sociedad empeoró su desventurado destino; de ella solo conoció la fisonomía iracunda que se llama justicia y que la enseña á los que castiga. Los hombres solo le habían tocado para magullarle; su contacto con ellos fué por medio de golpes. Nunca, desde su niñez, exceptuando á su madre y á su hermana, encontró mirada benévola ni voz amiga. Así, pasando de padecimiento á padecimiento, llegó á convencerse de que la vida era una guerra y que en esta guerra él era el vencido. No pudiendo disponer de otra arma que de la del odio, se resolvió á aguzarle en el presidio y á llevarle consigo al salir de él.

Había en Tolon una escuela para los presidiarios, regentada por una comuni-

dad de hermanos, en la que se enseñaba lo más preciso á los desgraciados que querían aprender; Juan Valjean fué de este número. Entró en la escuela á los cuarenta años y aprendió á leer, á escribir y á contar. Conoció que fortificar su inteligencia era fortificar su odio; en ciertos casos la instrucción y la luz sirven de auxiliares al mal.

Triste es decirlo, pero después de juzgar á la sociedad, que causó su desgracia, juzgó á la Providencia, que creó la sociedad, y la condenó también.

Así, durante aquellos diez y nueve años de tortura y de esclavitud, su alma se elevó y decayó al mismo tiempo, entrando en ella la luz por una parte y las tinieblas por otra.

Ya hemos visto que Juan Valjean no era de mala índole; era bueno todavía cuando llegó al presidio. En él condenó á la sociedad y varió de índole, condenó á la Providencia y se hizo impío.

Meditemos ahora unos instantes.

La naturaleza humana, ¿puede transformarse completamente? El hombre que Dios crea bueno, ¿pueden convertirlo en malo los hombres? ¿Puede modificar por entero el destino el alma, y ser perversa siendo perverso el destino? ¿Puede hacerse deforme el corazón, adquirir defectos y enfermedades incurables bajo la presión de una desgracia desproporcionada, como la columna vertebral bajo una bóveda demasiado baja? ¿No hay en el alma humana, no había en la de Juan Valjean una primera chispa, un elemento divino, incorruptible en este mundo, inmortal en el otro, que el bien puede desarrollar, atizar y encender, y que el mal no puede apagar nunca?

Cuestiones son estas graves y oscuras, y á la última de ellas todos los filosofistas hubieran dicho probablemente que no, á haber visto en Tolon, en las horas de descanso, que Juan Valjean las pasaba meditando, con los brazos cruzados, apoyado en algún cabrestante, metiendo en el bolsillo el extremo de la cadena para impedir que arrastrase; si hubieran visto á dicho presidiario triste, serio, silencioso y pensativo, pária de las leyes, que miraba al hombre con cólera, condenado por la civilización, y que miraba al cielo con severidad.

Ciertamente, y no tratamos de disimularlo, el observador filósofo hubiera visto en él una miseria irremediable, un enfermo por el ministerio de la ley, pero ni siquiera hubiera intentado curarle,

apartando los ojos de las cavernas que pudiese entrever en aquella alma, y, como el Dante en la puerta del infierno, hubiera borrado en la existencia de aquel infeliz la palabra que Dios escribió, sin embargo, en la frente de todos los hombres: *La esperanza*.

El estado del alma de Juan Valjean que probamos á analizar, ¿era tan claro para él como lo es para los que nos lean? ¿Conocía éste desde su formación y veía á medida que iban formándose todos los elementos que componían su miseria moral? Este hombre rudo é ignorante, ¿se explicaba con claridad la sucesión de ideas por medio de las que, escalon por escalon, había subido y bajado hasta los lúgubres espacios, que hacia ya muchos años que constituían el horizonte interior de su espíritu? ¿Tenía conciencia exacta de todo lo que había pasado por él, de todas las emociones que experimentaba? No nos atrevemos á asegurarlo, pero no lo creemos. Era demasiado ignorante Juan Valjean para que aun después de sufrir tanto infortunio no le quedase mucha vaguedad en el espíritu. Ni aun sabía con exactitud lo que pasaba por él cada momento. Juan Valjean vivía, padecía y odiaba en las tinieblas, y puede decirse que odiaba todo lo que pudiera haber delante de él. Vivía á tientas, como un ciego, como un delirante. Únicamente, á intervalos, recibía de pronto, de sí mismo ó del interior, un impulso de cólera, un aumento de padecimientos, un pálido y rápido relámpago que iluminaba toda su alma y presentaba bruscamente á su alrededor, entre los resplandores de una luz horrible, los negros precipicios y las sombrías perspectivas de su destino; pero pasaba el relámpago, volvía la oscuridad de su noche, y, dónde se encontraba? Ya no lo sabía.

La consecuencia de las penas de esta naturaleza, en las que domina lo desapiadado, esto es, lo embrutecedor, es transformar poco á poco, por medio de una transformación estúpida, al hombre en bestia, y algunas veces en bestia feroz. Las obstinadas y sucesivas tentativas de evasión de Juan Valjean bastarían para probar los estragos que causa la ley en el alma humana. El desventurado criminal hubiera renovado tentativas tan inútiles y temerarias cuantas veces se le presentara la ocasión, sin pensar siquiera en el resultado ni sin tener en cuenta la experiencia adquirida. Se escapaba impetuosamente como el

lobo que encuentra la jaula abierta. El instinto le decía:—Sálvate! La razón le hubiera dicho:—Espera.—Pero ante tentación tan violenta se le eclipsó el raciocinio y quedó en él dominando el instinto. Obraba como el animal. Al verse preso otra vez, la severidad que con él usaban le servía solo para aumentar su irritación.

Un detalle que no debemos omitir es el que estaba dotado de mayor fuerza física que todos sus compañeros de cadena. En los trabajos penosos, como para arriar un cable, para tirar de un cabrestante, etc., Juan Valjean valía por cuatro hombres. Levantaba y sostenía pesos enormes en la espalda, y reemplazaba en algunas ocasiones al instrumento llamado *cábria* ó *gato*, y sus compañeros le pusieron por mote *Juan el Gato*. Cuando estaban componiendo el balcón de las Casas Consistoriales de Tolon, una de las admirables cariatides de Puget, que lo sostienen, se separó é iba á caer; pero Juan Valjean, que estaba allí cerca, sostuvo la cariatide con los hombros, y así dió tiempo para que llegasen los trabajadores.

La agilidad de dicho preso era aun mayor que su fuerza. Algunos presidiarios, fraguadores perpétuos de evasiones, concluyen por hacer de la fuerza y de la destreza combinadas una verdadera ciencia, la ciencia de los músculos. Dichos presidiarios, envidiosos de las moscas y de los pájaros, practican cotidianamente esta estática misteriosa. Preparar por una perpendicular y hallar punto de apoyo donde apenas exista una prominencia, era un juego para Juan Valjean. Dado el ángulo de un muro, se subía por él, como por magia, hasta un piso tercero, sin más que emplear la tensión de la espalda y pantorrillas, encajando codos y talones en las asperezas de la piedra. Algunas veces subía así hasta el tejado del presidio.

Hablaba poco y nunca se reía. Era precisa una emoción extrema para arrancarle, una ó dos veces al año, la lúgubre risa del forzado, que es como el eco de la risa del demonio. Parecía que estuviese ocupado continuamente en mirar algo terrible. En efecto, siempre estaba absorto.

Al través de las percepciones defectuosas de su naturaleza incompleta y de su inteligencia oprimida, sentía que había en él algo monstruoso. En la semi-oscuridad sombría y tenebrosa en que se arrastraba, cada vez que volvía la cabe-

za y que levantaba los ojos veía con terror lleno de rabia apoyarse, entrelazarse y subir, perdiéndose de vista por encima de él con desigualdades horribles, una andamiada ó monton espantoso de leyes, de preocupaciones, de hombres y de hechos, cuyos contornos se le desaparecian, cuya masa le asustaba, y que era la prodigiosa pirámide que llamamos civilizacion. Distinguía aquí y allá, en ese conjunto hormigueante y deforme, tan pronto cerca de él, tan pronto lejos en alturas inaccesibles, algun grupo, algun detalle vivamente iluminado; aquí el sotacómitre con su vara, allí el gendarme con su sable; en el fondo el arzobispo con su mitra, y más arriba, en una especie de sòlio, el emperador, coronado y resplandeciente. Y todos esos resplandores lejanos, en vez de disipar su oscuridad, la hacian más opaca y más fúnebre. Todo esto, leyes, preocupaciones, hechos, hombres y cosas, iban y venian por encima de él, siguiendo el movimiento complicado y misterioso que Dios imprime á la civilizacion, y pasaban aplastándole con ese no sé qué apacible que tienen la crueldad y lo inexorable en su indiferencia. Estos réprobos de la ley, estas almas caidas en el fondo del infortunio, estos desgraciados perdidos en lo más inferior de los limbos, á los que nadie dirige la mirada, sienten gravitar sobre sus cabezas todo el peso abrumador de la sociedad humana, tan formidable para el que está fuera de ella y tan espantoso para el que está debajo.

Meditando Juan Valjean sobre esta situacion, ¿cuál podrá ser la naturaleza de sus ideas? Si el grano de mijo colocado en la muela fuera capaz de pensar, pensaria lo mismo que Juan Valjean. Todas estas realidades llenas de espectros, estas fantasmagorias llenas de realidades acabaron por crearle un estado interior indescriptible.

Habia momentos que en el presidio, en medio del trabajo, se paraba y se ponía á meditar y se sublevaba su razon, más medrosa, pero más turbada que en los primeros años de su juventud. Le parecia absurdo todo lo que le habia sucedido; todo lo que le rodeaba le parecia inverosímil. Se decia:—Estoy soñando; pero miraba al cabo de vara, de pié á algunos pasos de distancia; el cabo le parecia un fantasma, pero de pronto el fantasma le sacudia un varazo.

La naturaleza visible apenas existía para él; seria casi exacto decir que no habia para Juan Valjean ni sol, ni dias

hermosos de verano, ni cielo radiante ni mañanas frescas. No sé qué dia de suspiros alumbraba habitualmente su alma.

Reasumiendo y traduciendo en resultados positivos todo lo que acabamos de indicar, consignaremos que en diez y nueve años Juan Valjean, el inofensivo podador de Faverolles, el terrible presidiario de Tolon, llegó á ser capaz, gracias á la constitucion del presidio, de dos especies de acciones malas: primero, de la mala accion rápida irreflexiva, llena de aturdimiento, que nace del instinto, y es una especie de represalia del daño sufrido; y en segundo lugar, de la mala accion grave, seria, debatida y meditada, adquirida por las ideas falsas que hacen germinar semejante infortunio. Sus premeditaciones pasaban por las tres fases sucesivas que solo pueden recorrer las naturalezas de cierto temple; racionio, voluntad y obstinacion. Eran sus móviles la indignacion habitual, la amargura de su alma, el profundo sentimiento de la indignidad sufrida y la reaccion hasta contra los buenos, contra los inocentes y contra los justos. El punto de partida, así como el término de sus pensamientos, era el odio que sentía hácia la ley humana; odio que, si no detiene en su desarrollo algun incidente providencial, llega á convertirse, en un plazo dado, en odio á la sociedad, despues en odio al género humano y luego en odio á la creacion; que se traduce por el deseo vago, incesante y brutal de hacer daño á todo viviente, sea quien sea. Motivo habia, pues, para que el pasaporte calificara á Juan Valjean de *hombre muy peligroso*.

De año en año su alma se habia ido desecando lenta, pero fatalmente. A corazon seco, ojos secos. A su salida de presidio hacia diez y nueve años que Juan Valjean no habia derramado una lágrima.

VIII.

La ola y la sombra.

Porque caiga un hombre en el mar, el navío no se detiene; el viento sopla, el buque tiene trazado el camino que ha de recorrer forzosamente y lo recorre. El hombre desaparece y vuelve á aparecer, se sumerge y sube á la superficie, llama, tiende los brazos y no le oyen; continúa sus maniobras temblando el navío á impulsos del huracán, los marineros y los

pasajeros no ven al hombre sumergido; su flotante cabeza solo se ve como un punto en la inmensidad de las olas.

Lanza gritos desesperados desde las profundidades; se le figura un espectro la vela que se aleja: la mira desalentado; pero la vela se aleja, se oscurece y disminuye de tamaño; allí estaba él hace un momento, formando parte de la tripulacion; iba y venia por encima del puente como los demás, gozaba de su parte de aire y de sol como los otros, estaba vivo. Qué sucedió, pues? Que resbaló y cayó, y todo ha terminado para él.

Se encuentra sorbido por el mónstruo de las aguas; bajo sus piés todo se hunde y desaparece. Las olas que el viento rasga y parte le rodean de un modo horrible, los vaivenes del abismo le sacuden, los harapos del agua se agitan alrededor de su cabeza, un populacho de olas le escupe, confusas cavernas amenazan devorarle; cada vez que se sumerge entreve precipicios oscuros; vegetacion desconocida le sujeta, le enreda los piés, le atrae; siente que se vá á connaturalizar con el abismo, que forma ya parte de la espuma, que las olas se lo arrojan unas á otras y bebe toda su amargura: el Océano se encarniza con él para ahogarle; la inmensidad juega con su agonía. Parece que para él el agua sea odio.

Lucha todavía: trata de defenderse, hace esfuerzos, nada. ¡Pobre fuerza individual, ya agotada, que combate con lo inagotable!...

Dónde está el buque?...—Allá á lo lejos, apenas visible en las tinieblas del horizonte.

Soplan las ráfagas, abruman al náufrago todas las brumas. Alza los ojos y solo divisa la lividez de las nubes. Asiste agonizando á la inmensa demencia del mar, y esta locura es su suplicio. Oye ruidos inauditos que parecen salir de más allá de la tierra, de no sé qué exterior espantoso. Hay pájaros en las nubes, como hay ángeles sobre las miserias humanas; pero, ¿qué pueden hacer por él? Mientras ellos vuelan, cantan y se ciernen en los aires, él agoniza y se ve sepultado entre dos infinitos; el del cielo y el del Océano; éste le sirve de tumba y aquel de mortaja.

Al llegar la noche, como está ya nadando muchas horas, sus fuerzas se agotan; el buque, aquel punto lejano en el horizonte que contiene hombres, ha desaparecido ya, y el náufrago está ya solo en el formidable abismo crepuscular; se hunde, se retira, se retuerce, y al ver

debajo de sus piés los vagos mónstruos de lo invisible, grita

Pero allí ya no hay hombres. ¿Dónde está Dios? Llama, pide socorro.

Pero no le contestan ni en la tierra ni en el cielo. Implora al espacio, á las olas, á las algas, á los escollos. Todo está sorrido. Ruega á la tempestad, pero la tempestad, imperturbable, solo obedece al infinito.

Le rodean la oscuridad, la bruma, la soledad, el tumulto tempestuoso é inconsciente y los ataques indefinidos de las olas feroces; dentro de sí le martirizan el horror y la fatiga, y debajo de él la caída, sin tener un punto de apoyo. Se presentan á su imaginacion las aventuras del cadáver en la oscuridad ilimitada.

Un frio sin término le paraliza; sus manos se crispan y se cierran. ¡Vientos, nubes, torbellinos, estrellas inútiles!... El desesperado se abandona, el rendido se decide á dejarse morir, entregándose á su suerte, y rueda para siempre por las profundidades lúgubres del abismo.

¡Marcha implacable de las sociedades humanas, que dejais hombres perdidos por el camino!... ¡Océano en el que cae todo lo que deja caer la ley... ¡Sinistra desaparicion del socorro, muerte moral!...

El mar es la inexorable noche social, en la que la penalidad arroja á sus condenados. El mar es el gran misterio.

El alma, cayendo en ese abismo, puede convertirse en cadáver. ¿Quién la resucitará?

IX.

Nuevos agravios.

Cuando llegó la hora de que Juan Valjean saliese del presidio, oyó resonar en sus oídos estas palabras extrañas: *Estás libre!* y fué para él aquel momento inverosímil é inaudito: un rayo de viva luz, un rayo de la verdadera luz de los vivos, penetró súbitamente en él; pero no tardó ese rayo en debilitarse. Deslumbró la idea de la libertad á Juan Valjean, creyendo que iba á gozar de nueva vida; pero pronto vió lo que es la libertad concedida por medio de pasaporte amarillo.

Tras esta, otras amarguras le aguardaban: calculó que su masita, durante su estancia en presidio, debia elevarse á ciento setenta y un francos; pero se olvidó en sus cálculos del reposo forzado de